

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Casa de espósitos, por D. Francisco Flores Arenas.* = *A la Sta. doña Rafaela A., soneto, por M. Cansinos.* = *Residencia, por M. Octavio Feuillet.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

TEATRO DEL BALON.

EL SR. GIRALDI, célebre prestidigitador, físico-mecánico y magnetizador de la corte de Cerdeña.

Dícese comunmente que el nombre no influye en la esencia de la cosa. Podrá ser cierto, pero también lo es que nuestro siglo no dá muestras de creerlo así. El nombre frecuentemente es el todo. Allá va un verbi-gracia.

Nosotros no podemos saber si Damian Arias, Alonso de Morales, Jusepa Vaca y María de Córdoba valieron tanto en los teatros, ó sean corrales, en su época como posteriormente Isidoro Mayquez, Rita Luna, y otros que por vivos no mencionamos; pero es el caso que á aquellos, si es que no se les llamaba histriones, se les decia simplemente comediantes, cuando para estos nos parece poca cosa el nombre de actor y lo sustituimos con el mas encumbrado de artista.

¿Consistirá en que los de entonces eran malos y los de ahora son buenos? Permítasenos el dudar que sea mas inteligente el público de hoy que lo era el público del siglo décimo séptimo y la corte de Felipe IV. Lo que ellos así encomiaban y enaltecian de seguro habia de valer, y no poco.

No parece, por tanto, que debiera de haber razon para que se ofendiese ninguno de nuestros pocos buenos artistas de hoy si se les colocase en grado igual al que alcanzaron los arriba mencionados y otros muchos mas; sin

JULIO.

embargo, ¿á que no se avienen á que se les llame comediantes?

Esto quiere decir que si no hemos ganado en cuanto á perfeccion del arte, hemos ganado en cuanto á delicadeza de oído. La palabra artista suena mucho mejor que la de histrion, como la palabra ópera suena mucho mejor que la palabra zarzuela.

Esto mismo decimos de los prestidigitadores. Llamábaseles antes jugadores de manos, despues se les dió aquel nombre, y ya este les parece poco. Titúlanse profesores de física y mecánica recreativas, y hasta magnetizadores de las cortes de los soberanos de Europa; lo cual nos recuerda al esclavo gordo de la zarzuela *Por seguir á una muger*, al cual nombra el emperador de Marruecos su buey de cámara. De todos modos, nosotros tendríamos curiosidad de ver magnetizada á la corte del rey de Cerdeña.

Distancia hay en leguas y en categoría desde ella al teatro del Balon de Cádiz; pero el Sr. Giraldi no se ha arredrado por eso, y ha dado en él hasta la fecha algunas funciones, ya solo, ya en union de la compañía dramática que allí trabaja. Los aplausos han sido muchos, y aunque en las entradas ha habido de todo, las mas deben de haber dejado contento al prestidigitador.

Digamos algo de algunas de ellas.

Alzóse el telon descubriendo una espetera bien provista de cachivaches, cuyas limpias latas reflejaban las luces del proscenio, y á poco apareció el Sr. Giraldi, quien despues del proemio de fórmula dió principio á varias suertes, conocidas todas ó las mas; pero en lo general ejecutadas con bastante limpieza. Sorprendieron entre otras las del plato roto, la de las cajitas recibidas por el correo, dentro de la última de las cuales se hallaron encerrados los varios objetos acabados de recibir de distintas personas, y la botella que contiene diferentes clases de licores

en abundancia tal que habria para emborrachar con ello al público entero, si este de motu proprio no hubiese renunciado al placer con que se le brindaba. Los inteligentes en este ramo de cataduras convenian en que aquellas bebidas eran tales como las que hacen parte del repertorio de El Candil ó de Las Cuatro hermanas; pero como la ilusion teatral en todo influye, pudo suceder que con ellas les aconteciese lo que á los hebreos con el maná, es decir, que á cada cual les supiera á lo que ellos querian que les supiese.

Ahora bien, nosotros confesamos que á la larga y como objeto esclusivo de un espectáculo entero, tales cosas nos fastidian y nos aburren. Vamos á un teatro á gozar con los frutos de la imaginacion, á saborearnos con los primores del arte, no á deslumbrar nuestros ojos con los efectos de la agilidad de manos, y menos aun con los que sabemos y todos saben provienen de los dobles fondos de una caja, de un resorte colocado en un aparato, de un agujero oculto en una mesa, ó de un acuerdo previo entre el prestidigitador y varias personas que aparecen allí como parte del público, no siendo en realidad mas que ayudantes de aquel, que en vez de estar en el escenario ocupan una luneta. Y despues de todo, nada nuevo.

¿Y qué diremos de la suspension *athérea* de dos personas, como la llama el anuncio? Diremos que preferimos la suspension de los jamones y de los chorizos en la despensa, aunque no sea tan *athérea* como la otra.

Esto se dice ser efecto del magnetismo. ¿Habrá suspendido así alguna vez el Sr. Giraldi á la corte de Cerdeña, puesto que es su magnetizador titulado?

Algo habríamos dado por verlo.

En conclusion, semejante clase de espectáculos nos parece fuera de su lugar en un teatro. Este es ó debe de ser el templo de las musas, y no sabemos que ninguna de ellas presida á los escamoteos y á las suspensiones magnéticas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CASA DE ESPOSITOS.

Con motivo de las fiestas de S. Vicente Paul y de Santa María Magdalena, recientemente verificadas, ha tenido ocasion el público de enterarse de las grandes mejoras que se acaban de hacer en esta casa matriz de espósitos; mejoras reclamadas ha tiempo como indispensa-

bles, y que solo han podido ser llevadas á cabo merced á los ingresos extraordinarios arbitrados por la celosa junta de damas inspectoras, no menos que á la aptitud é inteligencia del digno visitador del establecimiento, el Sr. D. Antonio de Mora, quien ha hallado la cooperacion mas completa en la activa junta provincial de beneficencia, de la que es miembro.

Estrecha por demás y mezquina aquella casa, ni presentaba espacio suficiente para las necesidades mas perentorias de su complicado servicio, ni ofrecia sino malas condiciones higiénicas que facilitaban, como ha sucedido, el desarrollo de las epidemias reinantes, habiendo sido forzoso en la última invasion del cólera abandonar precipitadamente el local, trasladando los albergados á una casa particular que á dicha pudo proporcionarse. Conocia estas faltas, como no podia menos de conocerlas, su administracion de entonces; pero luchaba en vano con la escasez de recursos, si bien esperando que mejores tiempos permitiesen á ella ó á la que le llegase á suceder realizar su deseo.

Estos tiempos han llegado, y la ocasion ha sabido aprovecharse en utilidad de la obra pia. La casa contigua, y que hacia parte de los bienes de aquella, se ha agregado al antiguo establecimiento, donde ya por todas partes penetran el aire y la luz. Se ha construido una nueva escalera, sustituyéndola á la malísima y fea que existia; se han formado lavatorios con palanganas empotradas, las cuales se llenan y se vacian á un tiempo por medio de llaves; parte de la nueva casa se ha utilizado para ampliar el salon principal, el cual resulta ahora espaciosísimo, bien aireado, rico de ornamentacion, y con un hermoso pavimento de losas de mármol. Todo, en fin, revela allí un exacto conocimiento de las necesidades propias del instituto y un acierto singular en la manera de satisfacerlas. Se han hecho fundir exprofeso catres de hierro para los niños albergados, los cuales á su elegante forma y buenas condiciones de aseo, unen la facilidad de ser trasladados de un lugar á otro con poquísimo esfuerzo, puesto que gravitan sobre ruedas y que han de deslizarse, segun va dicho, sobre un pavimento pulimentado.

El arreglo, el aseo y el primor, característicos de la sublime institucion de las hijas de la Caridad, se ostentan allí por todas partes. Esta casa tiene además la fortuna de contar como superiora á Sor Patrocinio Salomé, digna ciertamente del puesto que ocupa.

Nosotros la felicitamos, bien así como á las damas inspectoras, junta provincial y visita-

dor del
elevant
clamaba.
otros cua
de visita

A LA

Be
Sueñ
Cuan
Halla

Be
Que
Hay
Y no

Ma
El co
Y lle

Y
No h
Si es

M.

Esta
cortesa
de la v
quier
tione
bles, d
cidios
en que
reinas
tes cor
ropas
esplén
socorro

Cui
tro san
timier
causas
lo, qu

dor del establecimiento, por haber logrado elevar este á la altura que su importancia reclamaba. Creemos que pensarán como nosotros cuantas personas hayan tenido ocasion de visitarlo estos pasados dias.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

A LA SEÑORITA D^a RAFAELA A....

SONETO.

Bello es amar cuando entre nubes de oro
Sueña dicha y placer la fantasía,
Cuando el que amor enamorado ansia
Halla en un corazon rico tesoro.

Bello es amar cuando al brotar el lloro
Que del dolor arranca la agonía
Hay quien mitigue nuestra pena impía
Y nos cante de amor himno sonoro.

Mas terrible es amar, si en su tormento
El corazon se encuentra abandonado,
Y llorando, á la voz le falta aliento.

Y mas terrible aun, si enamorado
No halla espresion el vivo pensamiento
Si es preciso morir sin ser amado.

M. CANSINOS.

REDENCION.

POR

M. OCTAVIO FEUILLET.

(CONTINUACION.)

Esta es la hora en que los libertinos y las cortesanas dan vueltas furtivamente al torno de la virtud sin atreverse á acercarse á ella y queriendo conocerla: es la hora de las supersticiones singulares, de las retiradas inexplicables, de las abnegaciones y á veces de los suicidios que se notan por intervalos en el mundo en que vivís.... es la hora, hija mia, en que las reinas de la hermosura se quitan sus diamantes con pudor, se cubren á escondidas con sus ropas mas humildes, y se escapan de su córte espléndida para venir á pié sobre la nieve á socorrer á los pobres.

MAGDALENA.

Cuidado, señor cura, predicais contra vuestro santo. No sé si precisamente el vago sentimiento de enojo que experimento tiene por causas las que señalais; pero aun suponiéndolo, ¿qué idea quereis que tenga yo de ese Dios

que me habria arrojado sola, sin guia, antes de la edad de la razon en una vida irreparable, no dejándome al cabo de ella otro recurso que la desesperacion del suicidio ó del convento?

MILLER.

La culpa de esa iniquidad la tiene el mundo, hija mia, no Dios. Dios no ha creado el amor materno para que los hijos sean abandonados al azar de su inesperienza; pero su alta justicia tiene en reserva mas de un medio de salvacion para aquellos á quienes los vicios del mundo privaron de aquel beneficio providencial, y me prometo que el que os destina á vos es el mas dulce y poderoso de todos.

MAGDALENA.

¿A qué aludís?

MILLER.

A un sentimiento, Magdalena, que puede daros todas las alegrías y todos los dolores desconocidos y santos cuya curiosidad os atormenta, que contiene en sí solo todos los deberes y todas las virtudes, que expia y consuela al mismo tiempo. Dejadme que mire vuestra frente, hija mia.... no, no me engaño.... no habeis amado aun, y os aseguro que vuestro primer grito de amor será una plegaria al Todopoderoso que os responderá con un perdon.

MAGDALENA.

Señor cura, con repugnancia os confieso que no soy de una naturaleza tierna; y digo con repugnancia, pues quito así toda excusa á mis pecados; pero creedme, el amor no ha entrado ni entrará jamás en este seno de mármol.

MILLER.

Ese mármol está hecho para no recibir mas que una marca, pero será profunda.

MAGDALENA.

No hay soplo humano que pueda hacer saltar una chispa de este conjunto de cenizas que tengo en el lugar del corazon.

MILLER, *sonriendo*.

El rayo inflama hasta las cenizas, Magdalena, y sereis herida por el rayo. Id en paz, hija mia.

MAGDALENA, *levantándose*.

Una palabra mas, señor: ¿de qué amor me habláis? ¿Hay pues un amor que vuestro Dios bendiga, si no está conforme con la moral del mundo, si no se apoya en la sancion religiosa? ¿O pensais que pueda yo amar á un hombre que cometa la bajeza de casarse conmigo?

MILLER.

Mucho me preguntais, hija mia; os responderé no obstante, y caiga sobre mí solo la falta si me engaño.—Las almas que el mundo ha estraviado violando las leyes de Dios, Dios se las lleva á sí cuando le agrada, fuera de las leyes del mundo.

MAGDALENA.

Padre mio, si un sentimiento profundamente experimentado pudiese darme la fe, el respeto que me inspirais habria producido ese milagro.

MILLER.

Cuando inspireis vos misma ese respeto á un hombre á quien ameís, entonces, Magdalena, os volveré á ver consolada y creyente.

MAGDALENA.

Jamás, padre mio. Adios. *(Vase.)*

EN LA IGLESIA.

Magdalena atraviesa la nave lentamente; cuando llega cerca del agua bendita se detiene y lanza en torno suyo miradas curiosas é inquietas. Ve un sacristan encendiendo velas en un altar y se dirige á él.

MAGDALENA.

Amigo mio, ¿no habeis visto hace media hora un jóven que estaba sentado ahí, cerca de ese pilar?

EL SACRISTAN, *con voz débil y doliente.*
¿Qué pilar?

MAGDALENA.

Ese.

EL SACRISTAN.

Un jóven.

MAGDALENA.

Sí.

EL SACRISTAN.

Cómo se llama?

MAGDALENA.

No conozco su nombre..., pero en fin; le habeis visto, sí ó no?

EL SACRISTAN.

Esperad... era acaso el señor cura? pero no tiene nada de jóven, si bien está fuerte para su edad.

MAGDALENA.

No os hablo del cura; os hablo de un jóven vestido de negro que estaba ahí, y que debia esperarme, segun yo creia.

EL SACRISTAN.

Ah! sí... un jóven que estaba ahí?... Se ha marchado.

MAGDALENA.

Hace tiempo?

EL SACRISTAN.

Hace mas de una hora... ah! ya me acuerdo... me dijo al salir... se me olvidaba!... ¿Si perderé yo la memoria á mi edad, Señor?... En fin, cúmplase la voluntad de Dios en todas las cosas.

MAGDALENA.

Pero ¿qué os dijo?

EL SACRISTAN.

Me dijo: Qué frio hace!... Sí, sí, eso me dijo: Qué frio hace!... *(Se sonríe.)*

MAGDALENA.

Hé aquí el sacristan mas tonto que se ha visto en el mundo. *(Vase. El sacristan se queda sorprendido.)*

EL LABORATORIO DE ISAAC ZAFARA.

En uno de los lados dos puertas, una de ellas con un ventanillo de hierro. Una hornilla cargada de redomas y de alambiques. En el techo y en las paredes hay animales disecados y reliquias estrañas. Por las vidrieras de un armario se ven frascos y botellas de distintas formas, y encima de este armario se descubren dos calaveras. Un telescopio cerca de la ventana. Un gato muy grueso duerme en un rincon.

ZAFARA, *vestido con una bata de color pardo está inclinado sobre su hornilla cuidando de un aparato químico.*

Vamos, vamos, venenito mio, no gastemos el tiempo; de prisa, de prisa. *(Sopla la lumbre.)* Ah! humo del infierno! *(Tose.)* Hum! hum! qué diantre! *(Consulta un manuscrito empolvado.)* Sesenta horas y cuarto, esto es, un minuto mas y eres mio... Enfriarle á la claridad de la luna... supersticion!... Pero, quién sabe? No descuidemos nada. *(Abre la ventana, coge la redoma con unas tenacillas, y la pone con precaucion al aire. Llamam á la puerta; Isaac antes de abrir mira por el ventanillo.)* Ah! es el favorito de mi corazon. Entra, alhaja mia. *(Entra Mauricio. Zafara quiere besarle.)*

MAURICIO.

No me toques, viejo maldito!... Qué perfume de infierno!... Atrás, no te acerques.

ZAFARA.

Cómo me afijís, Mauricio!... Rehúsar el ós-

culo de bienvenida me hace casi creer que ya no me amais.

MAURICIO, *riendo*.

Deja que te mire, Isaac, estás hermoso en tu ternura... ¿Cómo no he de amar esa muestra viva de poesía gótica que he tenido la suerte increíble de descubrir en medio del siglo XIX? ¿Conque no he de amar al esqueleto de alquimista que se mueve ante mi vista atónita, y que me trasporta de repente en medio del mundo fantástico de la edad media? A cada instante se me figura que por esa puertecilla misteriosa va á salir una mujer vestida á la oriental, con trenzas negras recargadas de oro, tu hija, judío, ó tu cautiva, brujo infame. No solo te amo, Isaac, sino que te adoro. Y ademá, qué te importa? Supongo no pienses hacerme creer que late un corazón bajo tu bata.

ZAFARA.

Hijo mio, la carne es carne, y tú me has salvado la vida. No me faltaba mucho para morir ahogado cuando me sacaste del Danubio.

MAURICIO.

No me lo agradezcas. Con una intención que ignoro nadabas cabeza abajo, y no pude reconocerte; en otro caso habria consultado á una persona de peso antes de proceder á salvarte. Isaac, si en el curso de mi juventud he cometido una acción de una moralidad equívoca, ha sido esa. A veces experimento como un remordimiento, y no te aconsejo que te pares nunca en mi compañía á la orilla del río.

ZAFARA.

Mucha alegría tenemos esta noche, amiguitos... Pero ¿qué idea has formado de mí, picaresco?

MAURICIO.

No te atreverás á negar que eres un hombre aborrecible.

ZAFARA.

Hijo mio, siempre he respetado la ley. ¿A quién he hecho daño en el mundo?

MAURICIO.

¿Y á quién has hecho bien, vaso de iniquidad, y quién podria hacer mas daño que tú si quisieras? Posees montones de oro, y jamás un óbolo pasó de tu mano á la de un infeliz; estás cargado de años y de experiencia, y nunca un buen consejo salió de tu boca; nunca has derramado en un alma doliente mas que la amargura de la duda. Eres un químico muy sabio, y nunca has aliviado ningun dolor. Si hallas un remedio para los males de la huma-

nidad, le disimulas: no aplicas tu ciencia sino á los descubrimientos mas infames; filtros espantosos, venenos sutiles, sustancias destructoras de todas clases, esas son tus conquistas. Has recibido todos los dones y todos los empleos para el mal. Si no temieras la justicia de los hombres, ya habrias hecho que Viena saltara, y el día de tu muerte te afirmo que me divertiré mucho.

ZAFARA, *paseándose con desesperacion por el cuarto*.

Dios de Abraham! Dios de Jacob! pagar así mi ternura! el único afecto de mi vida!... tratar así á un anciano que siempre ha respetado la ley escrupulosamente! Un pobre anciano que cumplirá un siglo por la pascua próxima!

MAURICIO.

No me desagrada que me tengas algun cariño; yo seré tu espion. Hay un Dios, Zafara, aunque tú me hayas hecho dudar de su existencia muchas veces; pues no puedo adivinar por qué te ha creado ni para qué sirves en el mundo, si no es para distraerme cuando salgo de mi oficina. Cálmate, dame un cigarro, y luego me dirás la verdad acerca del planeta descubierto por Leverrier, pues no sé á qué atenerme en la materia.

ZAFARA.

Te perdono, malvada criatura... Me gusta tanto verte contento!... ¿Has comido en casa de Metternich?

MAURICIO.

No; pero me ha sucedido un lance encantador en una iglesia, y me felicito al ver confirmada diariamente por la experiencia la verdad de mi sistema. Ya sabes que despues de haberme aburrido mucho, noté últimamente que el enojo era achaque de perezosos y de necios.

ZAFARA.

¿Y sobre eso has edificado un sistema?

MAURICIO.

Un sistema que consiste especialmente en no pedir peras al olmo. Cada cual debe someterse con sencillez á su propia naturaleza. La primera ley de la vida humana es el trabajo y me he puesto á trabajar. Ahora quedan los ocios, y yo sostengo que la sensibilidad y la imaginación por vivas que sean pueden hallar una fuente abundante de emociones y alegrías, primero en la contemplación de la obra de Dios, y despues en las casualidades maravillosas, en las combinaciones infinitas que presenta el movimiento de la vida social en torno nuestro. En cada zarza hay un

ídolo; en la esquina de cada calle hay un poema ó una novela.

ZAFARA.

El espíritu puede contentarse con eso; pero ¿y el corazón?

MAURICIO.

¿Qué entiendes tú por el corazón? ¿Hablas de las pasiones facticias que se producen en la ociosidad social?

ZAFARA.

Hablo de las mujeres, amiguito.

MAURICIO.

Sobre este punto he descubierto también que en la mente de Dios solo dos mujeres deben encontrarse mezcladas en la vida de cada hombre para labrar su felicidad.

ZAFARA.

Y son?

MAURICIO.

Su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores legítimos, entre estas dos criaturas sagradas, no hay más que vanas agitaciones, ilusiones dolorosas y ridículas.

ZAFARA.

Ideas vanas! apostaría á que no te hallas tan exento como crees de esas ilusiones.

MAURICIO.

Os juro, viejo criminal, que solo estoy asido á ellas por un hilo, y que este se romperá, pues empleo toda mi fuerza para lograrlo.

ZAFARA.

Ese hilo es un amor?

MAURICIO.

No por cierto; es un odio. (*Llaman á la puerta.*)

ZAFARA, *entreabriendo el ventanillo.*

Todo esto es bien extraño.

MAURICIO, *mirando por encima del hombro de Zafara.*

Una mujer!... cielos!... Mi vision de la iglesia de San Estéban! La conoces?

ZAFARA.

Sí.

MAURICIO.

A pesar de su velo?

ZAFARA.

La reconozco perfectamente. ¿Hay en Viena dos mujeres como ella? Es la Magdalena del teatro imperial.

MAURICIO.

Magdalena!

ZAFARA.

Qué es eso? Te sonrojas, mi querido Benjamín? Quieres recibirla en mi lugar, hijo mío?

MAURICIO.

Calla y olvida que estoy aquí. (*Entra en un gabinete. Zafara abre la puerta á Magdalena.*)

ISAAC, MAGDALENA.

MAGDALENA.

Isaac Zafara?

ZAFARA, *con galantería.*

Servidor, hermosa señora. Es el anciano que tiene el honor de hallarse en vuestra presencia, y que os pide le disimuleis su trage de gabinete.

MAGDALENA.

Al contrario, me gusta mucho ese trage porque os da la apariencia de un noble, cuya amistad he deseado y deseo.

ZAFARA.

Un noble!... sí, un viejo noble de alta cuna... entiendo, hermosa joven... y para seguir la broma añadiré que me creo pariente suyo.

MAGDALENA.

Ignorando el domicilio de vuestro pariente, me perdonareis que me haya presentado en vuestra casa.

ZAFARA.

Oh! no acepto la palabra... ¡perdonar es demasiado! ¡Una tierna palmera en el huerto de un viudo! ¡una fuente viva en el desierto!... ¡una llama en un hogar lleno de cenizas!... ¿Por qué soy tan pobre?... Cada minuto de tu amable presencia te seria pagado en perlas finas. Siéntate en ese banquillo, el único que no he debido quemar forzosamente.

MAGDALENA, *sentándose.*

Gracias, generoso viejo. Por lo demás yo soy quien ha de pagaros vuestros preciosos instantes. Decidme: sois físico y nigromántico, de modo que vendereis productos químicos y sabreis decir la buenaventura?

ZAFARA.

Hija mia, no sé más que dar consejos; la magia es un oficio reprobado por la ley y la razón.

MAGDALENA.

En horabuena. Vos sois pues el consejero que necesito.

ZAFARA.

Habla, hija mia, si necesitas un consejo, los años me han dado mucha sabiduría... ¡Ay! es mi única fortuna... si tuviera solamente lo

preciso para vivir, mi placer mayor sería dar consejos gratuitos á todo el mundo y á la sombra de una encina.

MAGDALENA.

¿Me conoces, Zafara?

ZAFARA.

Ya lo creo: juventud, talento, hermosura, risa sonora y suave como una cascada en julio, alegría de los ojos, tormento de los corazones. Te conozco muy bien, Magdalena.

MAGDALENA.

Entonces os diré desde luego que á pesar de tantos aplausos y fiestas como me rodean, me aburro mortalmente. Me parece que he errado el camino, y que preferiría menos adoracion y mas respeto.

ZAFARA.

No digas mas, está entendido. Conozco tu mal. Las preocupaciones del mundo han concluido por turbar tu clara inteligencia. Si te sientes débil siempre te aburrirás, pero poco á poco serás feliz en la inercia; pero si te crees fuerte, voy á iniciarte en el grande arcano de la vida, y serás en realidad tan dichosa cuanto una criatura humana puede serlo.

MAGDALENA.

Veamos el arcano.

ZAFARA.

Hija mia, si quieres creer á un viejo que pronto cumplirá un siglo, no hay felicidad en este mundo sino en el sentimiento de la fuerza unido al del poder, y todo el que marcha con otro rumbo pierde su trabajo, y no halla mas que el vacío; á mis ojos, aquel que no puede elevarse á la altura de esos sentimientos, es un siervo digno de su miseria.

MAGDALENA.

Pero ¿en qué consiste la fuerza y el poder?

ZAFARA.

La fuerza es desdenar todas las convenciones ante las cuales se prosterna en su estupidez la raza humana, sin pensar que todos esos ídolos son obra de sus manos: el poder es hacerse dueño del dueño de los hombres—es el dinero.

MAGDALENA *con sarcasmo*.

¿Y cómo se alcanzan esos dones, religioso anciano?

ZAFARA.

Con el libre desarrolló de los medios naturales que el acaso nos dió, con su uso libre de todos los entorpecimientos de las preocupaciones, sin otra detencion que los límites fijados por las leyes positivas, pues, es preciso respetar la ley. Nada es tan respetable como un

hecho; pero la ley es elástica, y á menos de haber practicado como yo la razon durante medio siglo, nadie sospecha, hija mia, lo mucho que se puede hacer sin que á uno le ahorquen.

MAGDALENA.

Supongo, doctor, que la virtud y el honor se hallan entre las convenciones cuyo yugo es necesario romper previamente?

ZAFARA.

Los hombres, hija mia, han inventado el honor y la moral. Unicamente la ley es respetable porque es un hecho ¿lo entiendes... niña?... Mojándose los piés se puede contraer la última enfermedad, y violando la ley se puede ganar la horca... el respeto á la ley es medida higiénica.

MAGDALENA.

Y el desprecio que no está escrito en la ley, ¿no es tambien un hecho, y un hecho que puede pesar mucho sobre una cabeza?

ZAFARA.

¿Qué es el desprecio sino la envidia que el débil tiene al fuerte, el esclavo al amo? ¿El desprecio de quién? ¿Conoces á los hombres? ¿Hay uno entre todos los que se asoman á la puerta cuando yo paso para llamarme; ¡Judío!... ¡brujo!... ¡avaral!... ¿hay uno que no me hiciese un puente con su cuerpo sobre el arroyo de la calle, si abriera yo una de las talegas amontonadas en mi subterráneo?

MAGDALENA.

Ah! ¿Con que teneis talegas!

ZAFARA, *con fuerza*.

Sí, poseo toneles de oro... Lo digo con cinismo, porque no me importa que lo sepan, pues nadie sabrá jamás donde están mis subterráneos. Y no por eso me encuentro menos necesitado, habiéndome impuesto la ley de no tocar nunca á mi capital; ahora bien, como no trato de que me produzca intereses á causa de la mala fé de los hombres y las eventualidades del comercio, resulta que mi pobreza es muy grande, si bien es grande igualmente el poder que tengo suspendido sobre el mundo.

MAGDALENA.

¿Y sois dichoso?

ZAFARA.

Dichoso! (*Exaltándose por grados*.) ¿Qué lodo inmundo tienes en el cerebro si lo dudas? ¿Saber uno que se halla colocado por sus propios esfuerzos en un lugar tan alto que es inaccesible á los mortales, y desde el cual se puede enviar á los humanos alegría ó miseria, males ó bie-

nes á montones y no ser dichoso?... ¡Es imposible!... Pregunta si soy feliz á la historia, preguntalo á esta raza siempre maldita, siempre perseguida y siempre triunfante de que yo desciendo... Por encima de todos los poderes, ¿qué ves y qué se ha visto siempre por todas partes? El judío, el judío, libre de la preocupación de los nombres ilustres, libre de la superstición que encadena la inteligencia humana... el judío que marcha con paso firme á la conquista del oro, á la conquista del mundo. ¿Piensas que yo querría cambiar esta humilde morada por el palacio imperial? Cuando la bancarota precursora de las revoluciones entreabre el suelo de un imperio, ¿ignoras que se derrumba el trono si el judío no llena el golfo con su oro? Pero bien sabes lo que puede el oro, y bien sabes que yo tengo mucho; añade á esto mi ciencia, y calcula la suma de mi orgullo. Me ves débil de cuerpo, el soplo de un niño me haría caer... Pues bien, esta mano tan débil... esta mano... puede contener la destrucción de un ejército, de una armada, de una ciudad, de lo que quiera... Todas las ondas del Danubio no apagarían el incendio que esta mano podría encender en Viena, si se dignara abrirse encolerizada un solo instante... (*Con voz serena y breve.*) Pero la conciencia de mi poder me basta... Te repito que ser fuerte y poderoso es todo en este mundo. Me pides un refugio contra el aburrimiento de la vida y te lo indico; no es accesible sino á las criaturas favorecidas por el acaso, y tú eres una de ellas; tú tienes tu superioridad como yo tengo la mía... yo tengo la ciencia, tú la hermosura.

MAGDALENA, *después de una pausa.*

Decidme si al llegar sobre esas altas cumbres no se desprecia demasiado á los hombres para que se tenga ningún placer en dominarlos.

ZAFARA.

Y entonces ¿qué quieres hacer, hija mía? Tra, la, la... (*Tarareando va á tomar la redoma en la ventana, llena un pomito de un licor negruzco, y luego echa una gota de este licor en un vaso de agua.*) La, la, la... (*Llama á su gato.*) Ven aquí, Micifuz... ven aquí, fiel compañero del viejo tenebroso... acerca, modelo de las abnegaciones mal recompensadas. (*El gato se adelanta con paso incierto.*)

MAGDALENA, *levantándose.*

¿No envenenareis á ese pobre animal?

ZAFARA.

Mucho le quiero, hija mía; hace diez años que me acompaña con sus ronquidos en mis

tareas... y la costumbre de verle es ya mi hábito... enséñame tu lengua rosada... Le quiero mucho. (*Pone sobre la lengua del gato un tubo que ha mojado en el vaso; el animal cae muerto instantáneamente;*) pero la ciencia es antes. (*Restregándose las manos y hablando consigo mismo.*) Bien, bien ha salido.

MAGDALENA.

Nunca podré creer que está bien hecho lo que acabais de hacer.

(*Se continuará.*)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don R. M. de V.: *Baeza*.—Se recibieron los 15 sellos para pago del cuaderno de Setiembre de 1857.

Sr. Don V. Ll.: *Alcira*.—Suscrito hasta fin de Setiembre. Los números publicados desde el 1.º de Julio se le han remitido el día 20.

Sra. D.ª A. P.: *Barcelona*.—Suscrita por el tercer trimestre. El día 23 se le han remitido los números publicados desde el 1.º del que rije.

Sr. Don J. D.: *Barcelona*.—Id. id.

Sra. D.ª F. J. M. de H.: *Madrid*.—Se recibieron los sellos para la suscripción de D.ª R. T. de L.

Sr. Don F. P.: Sra. D.ª S. G. de P.: Sr. Don A. L.: Sra. D.ª E. G.: Sr. Don L. A. N.: Sr. Don A. V.: Sr. Don A. L. D.: *Málaga*.—Suscritos hasta fin de Agosto.

Sra. D.ª A. B. de A.: *Oviedo*.—Suscrita hasta fin de Octubre.

Sra. D.ª M. Ch. de C.: *Córdoba*.—Suscrita hasta fin de Setiembre. Los números publicados en este mes se le han remitido por el correo del 23.

Solucion del geroglífico anterior.

No entra á misa la campana y á todos llama.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



RE

Este periódico
mingos. En e
reparten cua

E

EL CAR

Ocupá
bajos, al
cos, obed
lítica en
armas, in
gada em
dos los v
se del ar
nada, pa
Talavera
nidad ar
realidad
rácter fu
sus doct
lograr el
tre las m
podían e
como ma
tó, por e
sus hijos
mandato
bastó pa
dose am
su mism
tinados
ra y del
paz en l
barse pa
tellanas
zos útil
ron á cu
medidas